

gar los versos, y al autor; empero levantándose Eurípides, los pidió que oyese la Tragedia toda; y que si aquel amante del oro no tuviese el mal fin que merecia, que le castigasen. Sosegóse el Pueblo, y al cabo padecia el avariento, que allí se llamaba Belerofontes, los castigos que su avaricia merecia. Todo este lugar es de nuestro Séneca, *epist.* 115. Mirad cuán aborrecido vicio es, que aun sus alabanzas en el teatro no solo no las consintió el Pueblo, sino que ofendidas las orejas, se convocó á castigarlas.

Muchas veces he considerado qué parte del hombre persuade al avariento á no gastar consigo mismo lo que tiene. No se lo persuade la razon, que le constituye en ser racional, por ser cosa contra razon: no la parte animal, porque esa es toda atenta á su comodidad, y regalo: no sus miembros, porque si padecen frio, desean abrigo; si hambre, mantenimiento; si enfermedad, remedio; si trabajo, descansan; si desvelo, sueño. No se lo persuaden sus amigos, pues le aborrecen por avariento. No los que son sus enemigos, pues lo son porque lo es. Esto me persuade que es castigo de Dios, y de los mayo-

res que en este mundo executa, por la dolorosa miseria con que affige, y porque dispone al avariento á obstinacion; pues si adquiere siempre, siempre quiere adquirir: si le quitan algo, se enfurece por desquitarlo: si le dan lo que codicia, es lo propio que echar leña seca en el fuego, que le hace mas animoso; y si le piden, piensa que se dá lo que tiene, negándolo al menesteroso. Judas verifica mi discurso: fue Apostol de Christo; y siendo Apostol, porque fue avaro fue traidor, fue impenitente, y se ahorcó. Quando el Sagrado Evangelista dice quien era, le llama *ladron, y robador, que trata bolsas, y se lleva lo que dán.* Que el avaro sea ladron se prueba con testigos, que no pueden ser recusados. El primero es el mismo avariento que depone, que se hurta á sí propio lo que tiene. El segundo el próximo á quien hurta lo que le quita, y si es pobre, lo que le debe. El tercero es el mismo Dios, pues se le queda con todos los bienes que le dá, y se los niega en los pobres, en la satisfaccion, en sí, y en los otros. Veis aquí al avariento en el oficio discípulo de Judas. La condicion del avariento se emplea en dos cosas solas: en pe-

pesarle que dén á otros, y no á él, y en pedir que le dén. Esta misma fue la condicion de Judas. Tuvo gran dolor del angüento que la Magdalena dió á los pies de Christo; y quando le vendió pidió que le diesen: *Qué me queréis dar, y yo le entregaré á vosotros?* Sabiendo que vendia la cosa mas preciosa de la tierra, y del cielo, no señaló lo que queria que le diesen; solo dixo que le diesen lo que por ella le querian dar; porque el avariento solo estima que le dén; no otra cosa ninguna. No se gobierna por mucho, ni por poco, pues es tan avaro por poco como por mucho. Si estimára alguna otra cosa fuera del recibir, luego se corrigiera, porque topára con su alma, y con su conciencia, sin salir de sí, y con su cuerpo, y con la ley natural, la civil, la de las gentes, y la de Dios. Díeronle treinta dineros: recibiólos; y para la traicion dió por seña que daria un beso á Christo. Estraña cosa parece que el avariento dé por seña el dar, aunque sea un beso! Igualmente dió con este beso á conocer quien era Christo, y quien el avariento. No se lee que otra persona besase en la cara á Christo sino Judas, ni que otro metiese con él la mano en el

plato. El avariento vende al que besa, y adquiere dinero con lo que dá; y si puede tomar, no aguarda á que le dén. De este fin se originaron estas dos acciones singulares de Judas. Entrósele Satanás en el corazon; que el avaro por recibir recibe á Satanás.

Queréis ver cuán sumamente perverso es el avariento? Pues atended á que luego que recibió de la mano de Christo el regalo en la Cena, al instante recibió á Satanás en su alma: *T como mecase el pan, se le dió á Judas Simon Iscariote; y despues de la sopa Satanás entró en él. Matth.* 26. El avariento, tras los bienes, y caricias que recibe de Dios, recibe á Satanás por recibir de todos, y de todo. Mirad lo que junta en su corazon: disposicion halagüeña para el arrepentimiento y la gracia, el demonio, é Infierno. Literalmente entiendo de este lugar, que abren la boca á la mano de Dios, y juntamente el corazon á Satanás.

Llegado hemos al fin infame que la avaricia dispone á los que se dexan poseer de su tyranía, y á los bienes, y dineros que adquieren con la usura de la sangre inocente. *Matth.* 27. *Entonces, viendo Judas, que le entregó, que le*
ba-

habian condenado, movido de penitencia, volvió los treinta dineros de plata á los Principes de los Sacerdotes, y á los Ancianos del Pueblo, diciendo: Peque entregando la sangre inocente, y justa. Ellos respondieron: Qué nos importa á nosotros? Miráraslo tú. Y arrojando las monedas en el Templo, se fue, y se aboró de un lazo.

El doctísimo Cardenal Cayetano sobre este capítulo dice, que esta penitencia de Judas fue penitencia del ánimo humano sin gracia de Dios, quanto mayor, mas peligrosa; porque la abundancia de la tristeza anega al hombre, é induce desesperacion. Este fin probó que era tal la penitencia de Judas. Doctísimamente condena el eruditísimo Cardenal de S. Sixto las blasfemias del terco Calvino en las heréticas consideraciones que hace sobre estas palabras, y acciones de Judas, llamando arrepentimiento verdadero el suyo en la penitencia, y en la confesion de su pecado, y ser Christo justo, y restimuyendo el precio de la traicion. Y doctísimamente le castiga con sus respuestas Tielman en su libro contra este blasfemo.

Este avaro fue tan malo, que su arrepentimiento es el castigo de su pecado, en que él

propio fue delinquente, juez, y verdugo. Es la suya penitencia; mas sin gracia de Dios: es inundacion de tristeza, que ahoga á los que le imitan; no arrepentimiento que los enmienda. Sus logros son de sangre inocente: véndale por qualquiera precio, y juntan el dinero para arrojarle. Preciáanse de padres de la ganancia, y mueren hijos de la perdicion. Al avariento Judas le llamó Christo: Hijo de perdicion.

El avariento no dexa lo que junta; él mismo lo arroja. No hay Fariseo, ni mal Ministro que no tenga asco de recibir el dinero de sus manos. Muere levantado del suelo, de donde nunca se levantó el espíritu del avariento. Quál de estos no muere en el lazo, con que la avaricia le tiene mientras vive, y le ahoga quando muere!

Verifiquemos en Judas el fin de la hacienda del avaro. No la tomaron de él: no quisieron, siendo los sacrilegos compradores de su exécrable venta, profanar con tales monedas el tesoro, y caxa del depósito del Templo. Compraron una heredad para sepultura de los peregrinos.

Veis cumplido á la letra el lugar del Eclesiástico que recité, donde hablando del avaro,

ro, y de sus castigos, y del fin de sus bienes, dice en medio del lugar: *Y no le dá Dios poder para que de sus tesoros coma; antes el hombre extraño se lo tragará todo.*

Veis aquí todo el dinero del logro de Judas empleado en sepulturas de peregrinos, que son los que mas propiamente se llaman extraños.

Ya hemos discurrido por las costumbres, y el fin de los avarientos en esta vida, y de sus caudales, y haciendas. Discurremos del avariento en los Infernos, y de su dañada condicion en la otra vida. Para salir bien de todo conviene no salir del Evangelio sacrosanto, *Luc. 6. Habia un hombre poderoso, que se vestia de preciosas ropas, y cada dia banquetaba espléndidamente; y habia un mendigo, cuyo nombre era Lázaro, que yacía lleno de llagas á sus puertas, deseando hartarse de las migajas de pan que se caian de la mesa del rico, y ninguno le socorria.*

A las puertas del rico avariento, y gloton siempre es desprecio de sus umbrales el pobre, á quien no solo niega su mesa lo que tiene, sino lo que se le cae. No hubiera pobre sin socorro, si no hubiera avariento sin caridad.

Empero venian los perros, y

lambian las llagas. Veis aquí los perros curando las llagas del pobre, y al rico acrecentándoselas. Veis aquí á Lázaro que convida á sus llagas á los perros, y al rico que le niega de su mesa las migajas que dá á sus perros. Considera cuánto peor, y mas bariosa es la hambre avarienta que la hambre canina!

Sucedió que murió el mendigo, y fue llevado por los Angeles al seno de Abraham. Murió el rico, y fue sepultado en el Infierno. Empero levantando sus ojos, como estuviere en tormentos, vió desde muy lejos á Abraham, y á Lázaro en su seno. Dice que murió el pobre, y habiendo sido sepultado, lo que es cierto, no dice que fue sepultado, sino llevado por los Angeles al Seno de Abraham; porque el justo que se salva, nace en la sepultura á vida sin muerte, donde la muerte corporal le sirve de partera á eterna vida. Dice que murió el rico, y fue sepultado en los Infernos; y no dice que fue sepultado en la tierra, porque el sepulcro del que muere para morir para siempre es el Infierno. Y es de notar, que del avariento no solo se dice que está en él como los otros, sino sepultado en él. Esta consideracion me persuadió á no

seguir la diferente puntuacion que hace el Cardenal Cayetano, poniendo el punto detrás del *fue enterrado*, y empezando cláusula desde las palabras *en el Infierno. Levantó los ojos como estuviese en tormentos.* Quando vivia jamás levantó los ojos al Cielo, ni los apartó de la miseria de la tierra; y quando está sepultado en el Infierno, y padeciendo sus tormentos, los levanta al Cielo. Todo lo hacen al revés, y tarde los avarientos. Quando estaba en este mundo, no veía aun en sí mismo (que nada puede ser mas cerca) su naturaleza, ni las llagas, ni la hambre, y miseria de su próximo, que quiere decir cercano; y en el Infierno vé de lexos, y conoce á Abraham, y á Lázaro en su Seno. Quien no vé vivo, por faltarle la caridad, para mayor pena vé con la envidia muerto, y condenado. *Entonces el Seno de Abraham era el Limbo de los Padres; porque por el mérito de Jesu-Christo, que primero se prometió á Abraham, los justos conseguían aquella quietud.* Estas son palabras de Cayetano en este capítulo.

Y el mismo llamando, dixo: Padre Abraham, ten misericordia de mí, y envíame á Lázaro, para que mojando en agua la punta de su dedo, refrigere

mi lengua, porque soy atormentado en la llama. Veis que en el Infierno el avariento se atormenta con serlo por haberlo sido, y que guarda en la sepultura del Infierno consigo para su tormento su condicion? Condenado está, y está pidiendo: pide no una cosa, sino tres: que tenga Abraham de él misericordia: que envíe á Lázaro; y que Lázaro le refrigere la lengua; mojando la extremidad de su dedo en agua. Quereis ver que su avaricia es su tormento? El pide que le envíen al que arrojó de su mesa. Pide una gota de agua al que negó una migaja de pan. Pide que en su favor extienda un dedo aquel á quien con desprecio, pidiendo; le cerró toda su mano. Cierto es que todo él padecía, y solo pide refrigerio para su lengua; porque por su glotonería, y satisfacer su garganta con el sabor de su lengua, habia sido avariento; y aun condenado trata de refrigerarla solamente. Padezca la lengua del avariento, que estando en boca racional, no aprendió de las lenguas de sus perros quando los vió lamer las llagas de Lázaro.

Mostróse este avariento inficionado de todas quatro pestes. Del desprecio, ya se vió el que hizo de Lázaro. De la en-

envidia, digalo el Santo Palabra de oro; sermón 122. *Enviame á Lázaro. Adónde?* Al Infierno del Seno: del suelo sublime al caos: de la quietud santa á los lamentos de las penas. A lo que me parece, lo que hace este rico no es del nuevo dolor, sino de la envidia antigua, y con ella se enciende mas que con el fuego. Esles á estos grandes de mal el incendio insufrible de ver dichosos á los que un tiempo despreciaron. Aun poseyéndole la pena, no dexa la malicia al rico, que no dice que le lleven adonde está Lázaro, sino que envíen á Lázaro donde él está. No pide que él sea llevado adonde está Lázaro en descanso: pide que Lázaro baxe del descanso á sus penas, por quitarle el gozo que le envidia. En el Infierno está el Rico avariento, y aun quiere que le venga á servir el pobre desde la gloria. Esta soberbia es.

Tuvo de Abraham respuesta; mas no consuelo: *Tú recibiste tus bienes*; quiere decir, los que tuviste por bienes, que fueron las riquezas, y el poderio, la pompa, y la golosina; y ahora padeces los males que no temiste. *Lázaro recibió, y padeció males*: quiere decir, los que el mundo juzga por tales

en la pobreza, y desprecio, siendo bienes en el mérito.

Viendo que se le negaba el enviárselo, prosigue, por sacarle de la quietud en que está, diciendo: *Ruégote, Padre, que le envíes á la casa de mi padre, porque tengo cinco hermanos, para que no vengan á este lugar de tormentos.* Llama á Abraham Padre, y dice que envíe á Lázaro en casa de sus padres. Para pedir tiene muchos padres quien para dar no tuvo, ni conoció hermano. Toda esta petición fue vanidad, soberbia, y envidia. No dice que le envíe á predicar á todos; sino á los suyos, y á sus hermanos. Es ruego de interés; no de caridad. No lo pide porque sus hermanos se salven; sino porque con ellos solos, por ser sus hermanos, se haga lo que á otros no se concede. En el condenado ni puede haber piedad, ni caridad, ni otra cosa que condenacion obstinada. Según esto, no deseaba estorvar su venida á sus tormentos por virtud, ni amor: luego puede colegirse que de avariento aun no queria que participasen de sus tormentos.

Respondióle Abraham: Tienen á Moyses, y á los Profetas; ayganlos. Mas él respondió: No, Padre Abraham; em-

pe-

pero si alguno de los muertos se les apareciere, harán penitencia. No consta claramente si esta fue parábola, ó historia. San Lucas no la dá nombre de parábola, y el nombre de Lázaro la muestra historia. Yo por historia la tengo, persuadido de estas razones, y de la autoridad de S. Juan Chrysóstomo, oracion de *Adversa salud*. Digamos de la enfermedad, hablando de Lázaro. Era de los que fueron antes de la gracia: palabras que certifican historia. Y del Texto se colige que fue realmente en este tiempo, pues dice: *Tienen á Moyses y á los Profetas*: tiempo antes de la gracia; y de que se colige que Moyses vivia en aquel tiempo; pues si fuera muerto, no respondiera el Avariento que no creerian sino á un muerto. Pasemos á la consideracion, y aprendamos de Christo á referir las historias para el exemplo, y el escarmiento. En las del mundo el pobre es á quien se llama, aun vulgarmente: *Quidam pauper*: Cierta pobre. La honra no le halla nombre, quando al rico le dá su nombre, y sobrenombres, y le carga de apellidos, blasones, y descendencias. En la boca de Christo es todo esto al revés. El pobre tiene su nombre, y el rico es *Quidam dives*: Cierta

rico; porque Christo Jesús es Vida, y en el libro de la vida se escriben los nombres de los justos. Así lo dice el Espíritu Santo.

Advertid la desvergonzada presuncion, y soberbia de este Avariento, que habiendo él muerto de hambre á Lázaro, quando le pedia sus migajas de pan para vivir con ellas; ahora muerto, y en los Infernos, osa pedir que á su instancia, y por el servicio de su casa, y familia resucite. Quiere que Abraham resucite con milagro por su mandado al que él mató con avaricia por su iniquidad. Considerad su hinchada locura, que se arroja á enseñar á Abraham, diciéndole que no es eficaz el medio que él dá de que oyan á Moyses, y á los Profetas, y le pretende enseñar el modo, diciéndole que si alguno de los muertos se les apareciere, harán penitencia.

Dos cosas se me ofrecen dignas de consideracion. La primera, por qué este Avariento pidió que Lázaro mojase, para refrigerarle la lengua, la última extremidad de la punta de un dedo, y no que mojase la mano, y le refrescase: ¿pues á tan grande ardor como padecia, no fueran beneficio los golfos del mar. Realmente

ava-

avarientos vivos, y muertos siempre buscan, y piden lo que no los puede aprovechar. Lo otro, que aún duraba en su lengua, estómago, y corazon el asco de las llagas de Lázaro, y por eso con melindre condenado pide que le toque con la menor parte que pudiere de un dedo suyo la lengua. Pidió una gota de agua, y una punta de un dedo. Pidió tan escasamente como si se pidiera á sí, que menos que esto negó á Lázaro: todo con infernal malicia, para disimular con esta humilde peticion la que luego hizo de pedir como avariento tan gran cosa como la resurreccion de un difunto.

De esto nace la consideracion segunda: Por qué pidió que Lázaro fuese á la casa de su padre á decir á sus hermanos su condenacion, y no pidió que le enviase á él, para que le viesen en él, puesto que la vista se juzga por mas eficaz que el oido. No queria, no, el Avariento la conversion de sus hermanos. Quería que Lázaro, como fue despreciado en su casa, no fuese creído de la de su padre. Quería que á su padre, y hermanos fuese aborrecible por el espanto, como á él lo fue por la pobreza. Quería que se lograra contra Lázaro la ponzoña que tenia en

Tom. II.

su seno, y que Lázaro dexase de gozar de la quietud del Seno en que estaba. Su tema es sacarle del Seno de Abraham, ya que echándole de los umbrales de su puerta, fue ocasion de que Abraham lo recibiese en su Seno. Veis aquí las pretensiones del avariento, aun sepultado en los Infernos. Si algo pretenden, es quitar el descanso á los que vivos negaron el socorro. No hallamos escrita la obstinacion, y perfidia, hasta en los Infernos, de otro pecador que del Rico avariento, teniéndola todos.

No envió Abraham á Lázaro como el Avaro lo pedia. Empero Christo, que refirió esta historia, para desengañar á los hombres de que no creyendo á los Profetas, ni á los vivos, ni á él, que era Hombre y Dios, menos creerian á los muertos; resucitó con el mismo nombre de Lázaro al hermano de Marta, y Maria. Qué resultó de este difunto resucitado? Dícelo el Evangelio *Joan. 12. Determinaron entre sí los Principes de los Sacerdotes que matasen á Lázaro, porque por él muchos de los Judios se apartaban, y creian en Jesus*. S. Pedro Chrysólogo sobre estas palabras, sermon 66. dice: "No quieren que les cuenten lo que vieron aque-

cc

los

«los que lo que oyeron no quisieron creer. Sabemos que está aparejada vida para los buenos, y tormentos para los malos. Empero mientras cautelosos de los vicios, no queremos que se llegue el tiempo. Fingimos ignorar lo que sabemos, y no queremos que venga del Infierno quien nos diga lo que hay despues de la muerte; pues viniendo Christo del Cielo, y volviendo del Infierno, enseñó con la palabra, y afirmó con el exemplo lo que está prevenido á los justos en el Cielo, y á los impios en el abysmo. Mas por ventura no creemos estas cosas, ni queremos que Christo venga, porque no queremos que el mundo pase; antes no; sino porque nos pesa que nuestros vicios pasen. Christo vino, no por ahuyentar la vida, sino la muerte: revocar el mundo; no quitarle: destruir los vicios; no su criatura.»

En qual Filósofo se pudo hallar rastro de tan alta doctrina? No niego empero que alcanzaron, y rastrearon algo de la miseria, y peste mortal de este mal vicio, lo que ingeniosamente enseñaron con la fábula de Midas, Rey de Frygia, hijo de Gordio. Fingen moralmente, que como hospe-

dase á Baco, y él le dixese que pidiese lo que gustase, y Midas fuese avaro insaciable del dinero, le pidió que le fuese concedido que quanto tocase se le volviese en oro. Baco se lo concedió. El luego tocó su casa, y todas sus murallas de la Ciudad, gozoso de verse aumentado en tan inmensa copia de oro. Empero como obligado de la sed, y de la hambre fuese á beber, y comer, y viese que en tocando el agua, ó el vino, se le volvía en metal, y la comida se le quaxaba en oro, perecía de rica muerte, y de hambre, y sed preciosas, empero mortales. Fábula fue esta en la narración; pero historia en los sucesos.

Quántos son aquellos que porque todo se les vuelva oro, no comen, ni beben, ni viven? Dón de Baco, dios falso de la embriaguez, y glotonería, fue el de Midas. Midas fue el que insta contra sí, como lo son todos los avarientos. Este fue el que juzgó tan mal en la contienda de Pan, y de Apolo, que en castigo Apolo le disfamó con orejas de asno. Pena es que padecen los avarientos porque oyen con bestialidad, y no les agrada la voz del Cielo. Sus orejas son de asno, y sus espaldas, pues cargados de oro, le padecen

pe-

peso, y no le gozan caudal.

No ignoraron que los avarientos morían ahorcados, y que su postrera enfermedad era el lazo. Algo dixo aquel epigrama del avaro que en un escondrijo guardó gran suma de oro; y yendo otro avariento á ahorcarse con una sogá porque le faltaba el oro, y pareciéndole aquel mismo lugar apropiado para su desesperación, hallando el tesoro que otro habia escondido, dexando la sogá donde le halló, se fue contento. Vino el que lo escondió; y no hallándole, y hallando la sogá, de pena se ahorcó con ella. Mirad qual es la avaricia, que tiene desesperación y pobreza dichosa, y riqueza y dicha ahorcada. Mirad qual es, que al que trae sogá para ahorcarse, le dá el oro, y al que dá el oro le dá sogá con que se ahorque. Escondió el avaro el oro; y estando contento de hurtársele él á sí propio, y ser ladrón de sí, se ahorcó porque le hurtó el otro avariento lo que él se habia hurtado. Aquel dinero iba oliendo á esparto: al que le perdió, la sogá le llevó arrastrando; y el que le llevó, llevaba arrastrando la sogá. Pues merece que le ahorquen por ladrón, como el otro mereció ahorcarse por avar-

iento. No quiero que algunos ricos, que dan, y gastan, piensen que engañan á la verdad, y que por esta razon no los condena por avarientos; si bien ellos se agregan el nombre de liberales. De estos hay muchos, y son de los más perniciosos. Descúbrelos, y nombres, y señala su castigo el Espíritu Santo, *Proverb. 22. Quien calumnia al pobre por aumentar su riqueza, dará á otro mas rico que él, y empobrecerá.*

Castigo tan grande como justo es que el que se hace rico con los pobres, se haga pobre con los ricos: que quite al que le falta lo que ha menester, para dar al que le sobra lo que no ha menester, y no ha menester lo que le dá. No podia quitar estas máscaras, y rebobos otra luz que la del Espíritu Santo, que lee lo secreto de los corazones. Avariento es quien no quitando al pobre nada, no le dá de lo que tiene; y este fue el Rico avariento, de quien el Evangelio dice que fue sepultado en los Infiernos. Quánto peores avaros son estos, que no solo no los dan algo, sino que los quitan á los pobres lo que tienen! Consideracion es esta de San Juan Chrysóstomo *Oratione de Avaritia*: " Si Lázaro, no

Cc2

»ha-

«habiendo recibido del rico alguna injuria, solo porque no le habia dexado gozar de lo que tenia, le fue acérrimo fiscal; de qual defensa se valdrán aquellos que despues de negarles lo que tienen, les quitan lo que ellos tienen?»

Bien claramente enseña el gran Padre cuánto peores avaros son estos que quitan á los pobres, y los afligen, que aquellos que solo les niegan algo de lo que tienen. Aquellos para tan grande robo, y tan enorme delito se confían en sus riquezas, y desprecian la misericordia de los pobres. Por esto el propio Santo Bocado-oro los fulmina con estas palabras temerosas, y ardiertes; y porque no se desentendian, habla con ellos *ubi supra*: «Teneis vosotros poder, riquezas, y dinero; empero tienen ellos las armas mas fuertes, gemidos, y lamentaciones, y el mismo padecer injuria, con que atraen el socorro del Cielo. Estas armas asuelan las casas, derriban los fundamentos, arruinan las ciudades, y con avenidas han trastornado todas las naciones. Tanto muestra Dios su providencia en favor de los que son ofendidos.»

Estos malditos, que quitan á los pobres para dar á los ricos,

no les quitan para dar, sino para quitarse á sí lo que quitan, y empobrecer con la dádiva necia quien enriqueció con el robo sacrilego. No dan al rico, no: la suya no es dádiva, sino anzuelo: es cautela para que los den: es mohatra, y usura. Quien dá al mas rico, mas quiere recibir que dar: comprar quiere: mercader es. Codicia la poquedad del mendigo, y por eso se la quita. Codicia la abundancia del poderoso, y dale por engaytársela. Cúmplase en él la justicia de Dios, que le sigue: Y empobrecer con el rico quien se hizo rico con el pobre. Tantos avarientos hay de estos, que están fuera de nuestra cuenta; empero tantos como son, ninguno está fuera de este castigo.

Quereis ver quánto populoso es este pecado? que por él se gobiernan todos los demás. Es tal, que á las mismas pestes las apesta. Quién no conoce la avaricia de la luxuria, que con el interés, y por el oro, y las galas, atropella la honra, y la castidad. La avaricia hace mercancía la fé conyugal en el adulterio, la virginidad en el estupro: hace los cuerpos veniales en las rameras. La soberbia es la mas rica tienda de su trato. Por el poder, y el tesoro, y el puesto preferido,

y

y la opulencia, la arma contra Dios. La envidia por ella ceba en su propio corazon sus dientes. Ella la arma de venenos los ojos: ella se los desvela. La gula aprendió de la avaricia á no tener por alimento el que no es tesoro, ó no le costó. No gusta de lo sabroso si no es caro: no tiene por comida la que no costó un patrimonio: no mata la sed con el vino, ó agua en el barro, si no la bebe en cristal, ó oro; porque tiene asco del vaso, que no es joya, ó caudal. Hase pegado éste contagio aun á las mismas enfermedades, que siendo el desengaño de nuestra miseria, por enriquecer, no por curar los malos humores, se beben en las pocimas el oro que no se puede digerir, las joyas que no dan alimento; siendo así que ni curan la dolencia, ni engalanan, ni hacen otro efecto que abultar con el gasto la vanidad. Si se beben estas cosas por llevarlas en su cuerpo á la sepultura; por mas ambar, y perlas, y esmeraldas, y jacintos, y oro que junte su estómago en las confecciones, será aquella tierra, que los cubriere, solamente mina de gusanos, y de horror. Si se juntasen los acreedores del hombre en un día á cobrar lo que es suyo, y él blasona

Tom. II.

por propio, cosas en que funda su soberbia, y su avaricia, hallaríase mucho mas desnudo que la mas humilde bestia, y que la mas imperfecta sabandija. Considérale vestido de púrpura pesada, y pálida con el oro, granizada de perlas, encendida en diamantes, ó pomposo en el lustre de la seda, variado de labores; y supón que el animal, cuya sangre es la grana, le pide su veneno, los cerros el oro, las conchas sus perlas, las minas, y pedrizas de Oriente sus diamantes: los gusanos su mortaja; de que hace gala: las ovejas su lana, los ganados sus pieles: el lino, y el cáñamo, y otras hierbas sus lienzos, olandas, y cambray. Fuerza era que el miserable hombre, si volviese estas cosas á sus dueños, quedase mas desnudo que los erizos, y las arañas, á quien ninguna cosa puede pedir parte alguna de su trage, vestido, y ornamento. Por qué, pues, ó avariento, anhelas por tener lo que las cosas mas despreciadas del mundo te pueden con razon pedir, y de que como agenas no puedes tener alguna presunción? que las has de dexar? qué han de dexarte? Sois los ricos para los pobres lo que para vosotros las grandes posesiones. Tú eres, si sabes

Cc 3 ser

ser rico, heredad del pobre, como la heredad es hacienda para tí. Dióte Dios los bienes para que los diesses, no para que los hicieses inútiles. Dios que te dá lo que tienes, te pide en cada pobre que le des de lo que te dió; no por quitarte lo que te ha dado, sino porque puedas con la caridad merecer que te lo multiplique. Si eres interesado, no digo que no lo seas, sino que sepas ser bien interesado. Dale á Dios lo que te pide por el pobre, que él te ofrece en lo que te pide ciento por uno. No puede haber mayor ganancia; ni mas cierta. O no quieres la ganancia, ó dudas del que la promete: si no la quieres, ya eres pobre; si no la crees, ya eres infel. Por qué, ó mortal, con el pensamiento presumes las cosas mayores, quando por la Fé desesperas de las menores? Grandes palabras son las que S. Pedro Chrysólogo, sermón 163. nos exhorta al desprecio de estos bienes en solo nombre: *O miserable; y dignísimo de toda infelicidad, pues dándote un Reyno, suspiras por un pedazo de pan: pues dándote la perpetuidad, lloras por la bebida: que vistiéndote de immortalidad, lamentas por la vestidura del cuerpo!*

Teofilo Alexandrino compa-

800

800

ra la avaricia al Infierno: *El Infierno no se llena de muertos; antes quantos mas recibe, mas desea: imitale la avaricia, que no puede barse, pues quanto mas tiene, mas desea.*

Chrysóstomo alza la voz preciosa, y con boca de oro pronuncia contra los avarientos estas palabras espantosas para ellos, aun siendo pronunciadas por el metal que adoran, *Homil. 18. in Matth.* Oid esto todos los avaros atentamente, los que padecéis la enfermedad gravísima de Judas. Oidme para que huyais esta pestilencial dolencia; porque si el que juntamente vivía con Christo, que oía de Christo la doctrina, que hizo milagros, de este achaque se precipitó en el profundísimo abismo de los males; mas fácilmente os precipitaréis vosotros, que ni oísteis las escrituras, y estais arraygados en las cosas del siglo. Aquel cada día estaba con el que no tenía adonde reclinar la cabeza, y cada día era intruido con sus palabras, y obras, para que no quisiese tener oro, ni plata, ni dos túnicas; y con todo no pudo reprimirse. Como, pues, esperas, sin gran desvelo, y diligente cuidado, huir el contagio de este mal terrible?

Al. 800

»Es cierto terrible esta bestia; »empero, si quieres, facilísima- »mente podrás asegurarte de »ella. No tiene esta codicia el »origen de la naturaleza.»

Por esto es facil huir la avaricia, porque no se origina de la naturaleza; y no hay cosa mas facil al hombre que acomodarse, y restituirse á la naturaleza; ni mas descansada, pues quanto de ella se aparta, se violenta. La naturaleza conócese por origen, y reconoce por parto suyo á las sierpes, y animales mas ponzoñosos; empero no al avariento. Este es contra toda la naturaleza, y contra las naturalezas de todos. Es contra Dios, contra el próximo, y contra sí. A su cuerpo, que se sustentaba con las viandas, se las niega por ahorrar; y á su alma, que no come, la ruega con los mantenimientos. Tal se lee en el Evangelio de aquel que se prometía largos años de vida, y tratando de deshacer las troxas para hacerlas mas capaces, murió aquella misma noche.

El avaro aun á sí mismo destruye. El avaro es comun enemigo de todos los hombres, y de todos los elementos. Hace bolsa su alma. Mas quisiera al sol de oro para acuñarle, que de luz para ver, y vivir. Qui-

800

siera que el ayre lloviera dineros, y no agua: que los rios, y las fuentes le manáran: que la tierra, como edifica las grandes estaturas de los montes de peñascos, las compusiera de plata. El avaro se congoja con la fertilidad de los tiempos, y con la abundancia se encoge, y aborrece todas las cosas de que no puede juntar moneda; y al contrario sufre todas las afrentas, como le ocasionen interés de un dinero. Aborrece á todos los hombres, pobres, ó ricos: los pobres, porque no le pican: los ricos, porque no le dán, y porque tienen. El se persuade que todo lo que los otros poseen debía ser suyo; y por eso los aborrece, que se aborrecido de ellos. El no sabe qué cosa es llenarse; ignora la hartura. Por eso tan miserable es como bienaventurado el que sigue la virtud contraria á su pecado. Discurso es este de S. Juan Chrysóstomo en la *Homil. 18. in Matth.*

Si el desdichado avariento quiere la bienaventuranza del que no lo es; los pobres, á quien él aborrece, le ruegan con ella. Es el pobre la máscara de Dios, con que anda entre nosotros disfrazado. Este nombre le dá San Juan Chrysóstomo, como lo refiere Da-

Cc 4

mas-

